

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

# El río Arenales

---

Arnaldo Pablo Guzmán



Digitalizado por Revista literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

## EL RÍO ARENALES

- ¡Juancito!

- ¡Si mamá!

Cuando termines el desayuno andá a lo de Trappano a buscar dos cuchillos que dejé ayer para que los afile.

Bueno Mamá. Ya terminé, respondió Juancito, el único hijo varón de Doña Griselda, la almacenera del barrio. Además el menor de todos, con tan solo 8 años.

¡Dame plata para pagarle; le gritó Juancito a su mamá, cerca de la puerta de calle, y ella le respondió. ¡Ya está pagado! Tras lo cual Juancito fue corriendo hasta el taller del gringo Trappano, a dos cuadras de su casa, que le entregó los dos cuchillos, envueltos con mucho papel de diario y le recomendó. – Andá con cuidao Juancito, están muy filosos y te podés cortar. – Sí, sí Don Trappano, dijo Juancito apresurado, mientras salía corriendo con los cuchillos, tomándolos de la parte donde se suponía estaban los mangos.

Al pasar frente al baldío vio a sus amigos de la barra y de reajo, sin dejar de correr, vio que jugaban a las bolitas. Pero siguió su marcha, no quería que su mamá se enoje y lo castigue con alguna prohibición. – ¡He, Juancito! – Escuchó un grito, y reconoció la voz del chiva González, que siguió diciendo - Vení a jugar, nos falta uno para la pareja. – No puedo – respondió Juancito jadeando sin detenerse. Hasta que sintió que otra voz, parecida a la del laucha Hinojosa, le gritó provocativo. – ¡Dale, vení, no seas maricón; Esa palabra, el peor insulto entre los de la barra, lo detuvo en seco. Volvió sus pasos hacia donde estaban ellos, y con una rara sensación de disimulado enfado, dijo:- Ta bien, juguemos - esta última palabra como con resignación, pero no pudo evitar de mirar con bronca al laucha Hinojosa, que lo miró como un pavote, con su sonrisa de dientes separados.

Jugaron al círculo, que consistía en que cada participante ponía 5 bolitas dentro y luego, uno por vez, tiqueaba con una bolita de cristal, apuntando hacia el círculo tratando de sacar la mayor cantidad. Juancito sostenía en su mano izquierda los cuchillos, por temor a que se los roben o lo escondan, en alguna pesada broma. Tiqueó Juancito, y pegó en el centro, donde estaban agrupadas casi todas las bolillas apostadas, pero una quedó en la línea que dibujaban sobre

la tierra, de un círculo que a veces tenía forma de huevo. – Esa está dentro – Dijo autoritario el Chiva González y pateó la bolilla dentro del círculo. – ¡No! Gritó Juancito, y retomando la bolilla la guardó en su bolsillo – diciendo – Estaba fuera. De inmediato el Chiva se encolerizó, era el matón de la barra y quiso sacarle la bolita del bolsillo por la fuerza. Juancito le apartó la mano con brusquedad y le dio un empujón que arrojó al Chiva por el suelo. Los demás se rieron burlonamente y comenzaron a dar gritos de azuzar pelea. El Chiva miró con chispas en los ojos a Juancito, y se levantó furioso a pelear.

Y todo sucedió en fracciones de segundos. Después, ninguno supo explicar cómo fue, quien atacó primero, quien se defendió, pero Juancito sacó uno de los afilados puñales y sintió que como en manteca, se introducía el puñal en el estómago del Chiva. Y al ver como el Chiva caía lentamente, tomando el mango del puñal en su estómago, sentir que los demás le gritaban – ¿Qué hiciste Juancito hijo de puta? ¡Mirá la cagada que te mandaste!, y sentir el tropel de vecinos y curiosos que se acercaban corriendo, gritando ¡Agarrenló! ¡Agarrenló! ¡Asesino, asesino! gritaban voces femeninas, y sentir una energía de gamo en sus pies, que lo arrancaron en loca huida, fue un todo. Mientras sentía el dolor de pedradas en su espalda, y una voz desesperada, que desde lo más profundo de su instinto de salvación le gritaba ¡Huye, huye; ¡Corre, corre! Todo ocurrió en segundos, sin orden, alocado, caótico, como las imágenes de sus tan temidas pesadillas.

Corrió hacia el sur, estaban en la esquina de Córdoba y Corrientes, hacia el sur estaba el Río Arenales. ¡Llegaré, llegaré; se repetía alentándose mientras escuchaba cada vez más lejanos, el ruido del tropel de gente que lo seguía y los gritos de ¡Agarrenló! ¡Agarrenló!. Debió correr con mucha fuerza y velocidad. Con las energías de la desesperación, porque en un fugaz momento que miró hacia atrás, no vio a nadie. No obstante siguió corriendo hasta que pasó frente a un campo baldío, y vio una vieja casa de adobe que sabía estaba abandonada, por sus correrías anteriores. Allí se refugió, sentado y tembloroso. Y recién pudo dar rienda suelta al llanto más doloroso de su corta vida, mientras repetía gimiendo: ¿Qué hice Dios mío? ¿Qué hice?

Estuvo unos minutos en ese refugio y luego salió con la precaución de mirar para todos lados, siguió caminando con disimulo hacia el Río Arenales que ahora estaba a cuerdas.

Llegó al río a la hora de la siesta. Había un extraño silencio en el caserío de gente humilde que construye sus casas precarias a las orillas del río. Se internó en los matorrales. – Aquí ya no me pueden ver – dijo – y con un palo grande que arrancó de un árbol podrido a la orilla del río, se fue abriendo camino a golpes de palo, a manera de machete, por el tupido follaje de bejucos del río. Caminó mucho. Casi al ocaso llegó hasta las barrancas frente al río, perforada por huecos

donde le dijeron hacen nido los loros. Se sentó, volvió a llorar en silencio, pensó en su madre, en el Chiva - capaz que lo maté - dijo tirando una piedra al río. Y en ese momento, se cruzó la negra idea por su mente infantil. Se quitó la ropa, pero no las alpargatas, y cruzó a nado el río, como tantas veces lo hicieron con los demás de la barra, en tantas tardes de amistad y aventuras.

Al llegar a la otra orilla, como no se había quitado las alpargatas, le resultó posible subir hasta la punta del barranco, sin sentir dolor en los pies, por las piedras del camino. Miró hacia el barranco perforado de a trechos por los huecos de las cuevas de los loros. Al llegar a la cima, no era muy alto, miró hacia el cielo y se sintió cerca del Perdón y de Dios. Sentado puso sus manos sobre sus rodillas y lloró su último llanto, diciendo ¡Perdón mamá! ¡Perdón mamá...! Varias veces, cada vez con voz más queda. Hasta que se puso de pie, caminó hasta el borde de la cima, miró el ondulante Río Arenales y se tiró de pie, sintiendo como el agua fría a esa hora, lo calmaba y le daba una extraña paz de murmullo de agua, que en su pasar arrastra en sus chocolatadas aguas, los cuerpos sin alma y los mas profundos remordimientos humanos.

\*

Autor: Arnaldo Pablo Guzmán

Salta, Lunes, 20 de abril de 2009

**Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis**

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

**Depósito Legal: MA-1071/06**

**Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009**